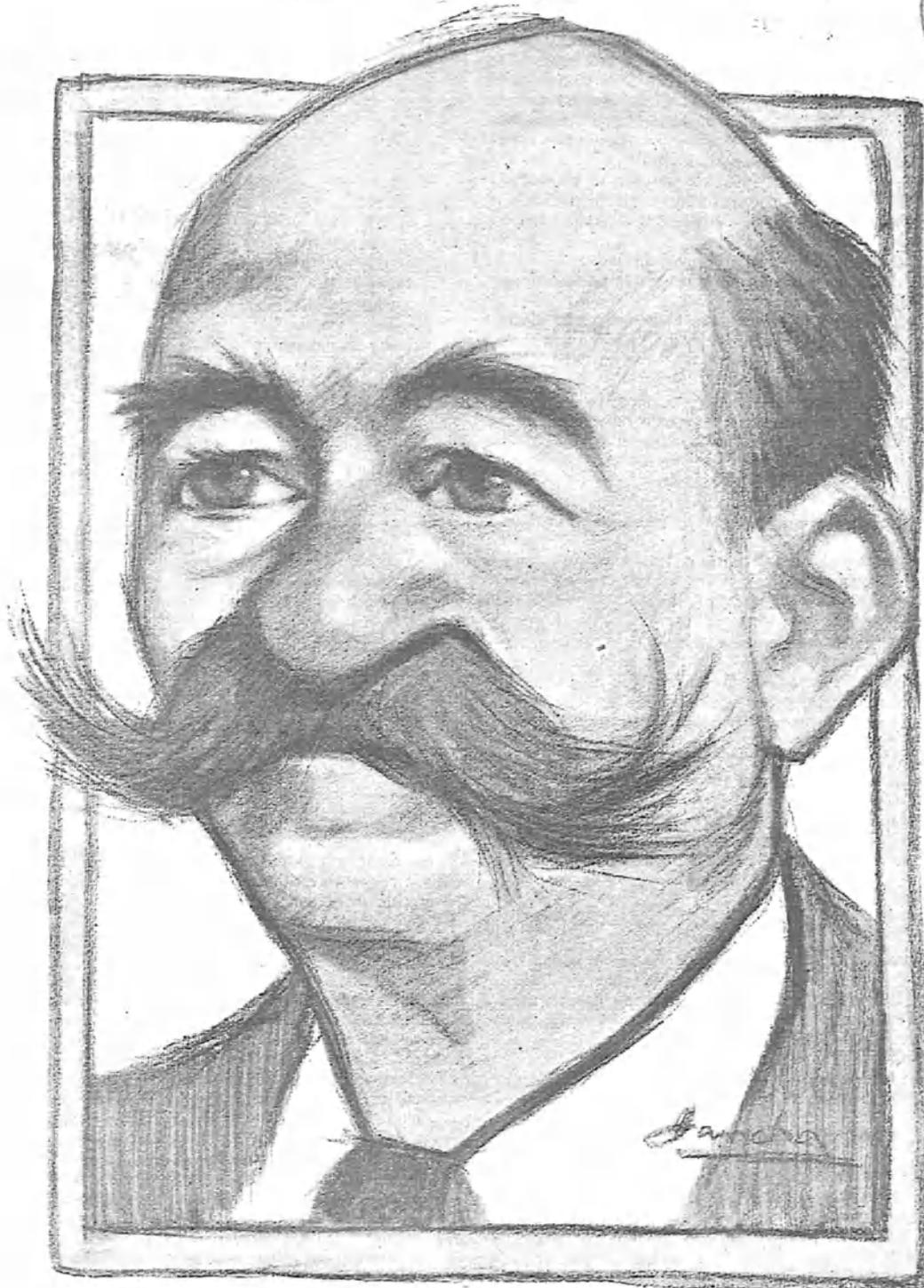




Madrid Cómico

OFICINAS: CONCEPCIÓN JERÓNIMA 10

Miguel Casañ, Caricatura de SANCHA



Fundó el primer MADRID CÓMICO;
es poeta y es autor...
¡Miguel Casañ, por lo tanto,
es mártir y fundador!

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—Aires murcianos: ¡Palábrica!, por Vicente Medina.—La transfusión, por Nicolás de Leyva.—La caución de la niña, por Luis de Ansoaín.—Pelos, por Eduardo de Palacio.—Entre bastidores, por R. Hernández Bermúdez.—En el tranvía, por Juan Pérez Zúñiga.—Libros recibidos, por Luis Gabaldón.—Chisnea y cuentos.—Correspondencia.—Certamen de Madrid Cómico.—Anuncios.

GRAMADOS: Miguel Casan, caricatura de Saucha.—La vida es sueño, por Navarrete.—Economías, por Cilla.



DE TODO UN POCO

Yo no sé si consistirá en la atmósfera ó en el resultado de los excesos gastronómicos de Pascuas; pero es lo cierto que la gente está muy nerviosa y lo mismo en la Casa Consistorial que en el Congreso, ha habido estos días escenas violentas, frases gordas y rozamientos espejoznantes.

En las señoras se ha notado también cierta predisposición á

cometer locuras, y han estado á punto de fugarse del hogar paterno tres señoritas nerviosas.

¡Oh, los nervios! No me hable usted de esa calamidad.

Tuve yo una novia cuando muchacho, que me hacía pasar con sus nervios las penas del Purgatorio.

Con que sólo me retrasase cinco minutos en hacer mi visita diaria, salía á mi encuentro retorciéndose las manos, y diciéndome con acento de cómica de la legua:

—¡Pérfido, infame! ¿De dónde vienes?

—Felipita, ángel mio—contestaba yo.—No te excites. Vengo de casa de un sacerdote amigo de mi familia, que está con las viruelas locas.

—¡Mientes! Tú amas á otra mujer.

Y Felipa comenzaba á darse con la cabeza contra la pared y á castañear los dientes.

Salía entonces la madre hecha una furia, y encarándose conmigo, me decía:

—¡La está usted matando, sí, señor, matando! Sabe usted lo nerviosa que es y se retrasa cinco minutos... Vamos, Felipita, vuelve en tí. No te entregues de ese modo á la desesperación. No merece tus lágrimas un hombre tan feo.

Yo, aunque reconocía mi fealdad, me sentía herido en el amor propio; pero guardaba silencio, esperando que la chica se tranquilizase.

Y ahora, cada vez que oigo decir á algún amigo que está en relaciones con una chica nerviosa, le compadezco de todo corazón recordando á Felipita, que en paz descanse. Digo que en paz descanse, porque la pobre se murió de un berrinche nervioso al mes de casada.

La había llevado al altar un teniente de la reserva, que como no tenía nada que hacer, se pasaba las horas muertas afinando una guitarra y siempre que Felipa iba á decirle:

—Isidoro, tú no me quieres—contestaba él, pulsando el bordón: *Tón... tón... tón*.—Y ella, naturalmente, como era tan nerviosa, comenzaba á agitarse boca abajo sobre el sofá, y en una de éstas fué y se murió.



Hace días que la atmósfera está muy cargada de electricidad, según dicen los físicos, y las personas nerviosas sufren mucho.

Por esta causa, mi amigo Arturo Rubiales, no tiene momento de reposo, pues su novia es nerviosísima y á cada paso va á verla, lleno de intranquilidad, y pregunta antes á la madre:

—¿Cómo sigue Filo?

—Mal, muy mal—responde la futura suegra.—Desde que se levantó, no hace más que morder todo lo que encuentra.

—¡Desventurada!

—¿Conocía usted á la Divina Pastora?

—No sé quién es.

—Hombre, le hablo á usted de aquella efigie bordada en cañamazo que tenemos sobre la consola.

—¡Ah, sí!

—Pues esta mañana la destrozó toda ella con las uñas en un acceso nervioso.

—¡Qué atrocidad!

Cuando Rubiales y su futura mamá política penetran en el gabinete, Filo se halla tendida en el sofá con los ojos en blanco. El papá y un vecino del cuarto segundo que es algo médico, procuran que la chica vuelva en sí; pues está con el ataque.

El novio entra, y acercándose á Filo, la dice cariñosamente:

—Filito, mujer; vamos, sé juiciosa. ¿Qué es eso? ¿Quieres que me enfade? Soy yo, soy tu Arturo...

—Lo mejor es decirle cosas tristes para provocarla el llanto—objeta el vecino.

—¿Cosas tristes?—exclama el papá; y acercando los labios al oído de la joven nerviosa, comienza á hacerla las siguientes preguntas:

—Oye, Filito, ¿quieres que tire á mamá por la ventana? ¿Te gustaría ver á tu papaito atado á una columna y echando sangre por las narices? ¿Sabes quién se murió? Arturito, tu novio.

—No hace caso—murmura la madre con tristeza.

—¡Háblela usted, Arturo!

—¿Quieren ustedes que la lea una poesía que compuse anoche dedicada á sus ojos?—pregunta él.

—Sí, sí;—dicen todos.

Entonces Rubiales empieza á declamar unas quintillas dedicadas «por entero» á los ojos de Filo, y antes de llegar á la segunda estrofa, la chica rompe á llorar como si la estuvieran retorciendo el pescuezo.

—Así, así, lllore usted mucho, que eso es muy bueno—grita el vecino.—Piense usted en cosas tristes. Hagase usted cuenta de que le van á dar garrote á su papá mañana por la mañana, por haber matado á Silvela. Figúrese usted que á Arturo le van á hacer la operación cesárea y que á su mamá la cortan la campanilla ó viceversa.

A fuerza de excitar la sensibilidad de Filo, la chica se pone bien y la calma renace en aquella casa.

Pero compadezco á Arturo como compadezco á todo joven que se enamora de una chica con nervios excitables y más si la chica posee imaginación calenturienta.

LUIS TABOADA



AIRES MURCIANOS

¡Palábrica!

I

«Adiós, le dije, nena;
yo volveré, nena;
¡adiós y no me orvides
por nada en esta vida!»

De no *farlarne* nunca
me dió su palábrica...

«¡Te espero viva ó muerta!»
llorando me decía...

Llevándome hecha *piavos*
el alma de *sentirla*,
«adiós, le dije, nena;
yo volveré, nena.»

II

Allá *mu lenjos* supe
que otro hombre la quería

y supe que á la *juerza*
casarla pretendían...

Con *tóico*, de mi pecho
la *fé enjauvés* se *m' iba*...
«Mi nena no me *orvida*...»
mi nena no me *orvida*...

III

Y *jué* leal mi nena...

¡La *probe* zagalica
logró no ser de *náide*
quitándose la vida...

«¡Te espero viva ó muerta!»
llorando me decía...

Y muerta me esperaba...
¡Cumplió su palábrica!

VICENTE MEDINA



La transfusión.

(PARÁFRASIS DE UN CHASCARRILLO)

I

Don Canciano Cordero se quedó en calzoncillos de punto; introdujo la respetable cabeza, cuya calva exteriorizaba lo conspicuo del entendimiento, en un puntiagudo gorro de algodón; quitóse las gafas, y se acercó al lecho conyugal, de puntillas, con el cuerpo cansado y el cerebro henchido de ideas relacionadas con el problema de Hamlet:

Ser á no ser...

Aquella noche había permanecido, hasta hora muy avanzada, junto al lecho donde agonizaba su primo Lucas y contempló, repetidas veces, con mirada dubitativa de cartesiano, la amarillenta cabeza donde se extinguía el pensamiento de un hombre.

La torpeza y la miopía dieron al traste con los buenos deseos y las muchas precauciones que tomó Cordero para meterse entre sábanas, haciendo que su mujer diese media vuelta á la derecha, rezongando malhumorada por la interrupción de un dulcísimo ensueño.

El marido no encontró mejor remedio para disipar el disgusto de su consorte, que hablarle de los progresos que la enfermedad había hecho en el desquiciado organismo de Lucas.

Rubricó su triste narración con un bostezo. Luego, ambos conyuges quedaron silenciosos y meditabundos; los cuerpos separados honestamente, las almas á distancia inmensa y las miradas reunidas en el círculo de luz amarilla que dibujaba en el techo, enfocada por la pantalla, la llama de un quinqué de aceite.

Morfeo cogió el pensamiento de D. Canciano cuando se ocupaba en recordar un pasaje del poema de Ariosto, con el que había entretenido las pesadas horas de la vigilia. Y dejando al paladín Astolfo volver de las regiones sidéreas con el frasquito donde estaba enco-

trada el juicio de Orlando, se encontró él mismo, Canciano, caballero en el hipogrifo del mago Atlante y conducido por él, en volandas hasta las misisimas puertas del cielo.

II

San Pedro estaba allí, bariendo unas nubecillas que oscurecían el pórtico, y en cuanto llegó D. Canciano, arrinconó la escoba y dijo: —Adelante, Cordero; ya hace un buen rato que te aguardo.

Echaron á andar por un pasillo estrecho en cuyo fondo había una portezuela desvencijada y llena de carcoma. La cerradura rechinó agriamente cuando San Pedro dió vuelta á una llave, tomada de orin, y al franquearse la entrada, salió por ella un soplo húmedo y zacial, algo así como el hábito de sepulcro recién abierto.

Sin detenerse pasaron por una grandísima y destaralada sala de paredes agrietadas y salitrosas. Cubría el suelo una capa de finísimo polvo, donde se marcaban las huellas, y el techo estaba empavesado de telarañas antiguas, gallardetes del abandono, que pendían arrrollados en sucios colgajos. A derecha é izquierda, en largos vasos empotrados en la pared, mostrábanse á la admiración de D. Canciano millares de millones de lamparillas de cristal, secas y polvorosas, todas con una etiqueta impresa, como los cacharros de las boticas.

Entre la ininidad de nombres, desconocidos é indesciftables en su mayoría, el sabio pudo leer, al paso: «Confucio, Rhut, Cambises, Sócrates, Espartaco, Muza, Juan XXI...»

Abria la boca para preguntar al Apóstol, cuando éste le dijo:

—Cada hombre de los que son ó han sido en la tierra está representado aquí, por un vaso. Este departamento pertenece á las generaciones muertas. ¿A esto han quedado reducidos los grandes pueblos de la antigüedad! *Non regnauit de for...*

—*Ma guarda e passo.*

—Tienes razón; ¡guarda, Pablo!

Pasaron á otra pieza. En ésta, las lamparillas estaban aún pringosas y en su fondo, veíanse residuos de pavesas mezclados con el poso de pestilente y turbio aceite. Acá y acullá, muy contadas, hallaban unas lucecitas mortecinas, símbolo de los pocos que quedan de la generación que precede á las contemporáneas, último aliento vital de un siglo que pasa á la historia. Este departamento era, indudablemente, más triste que el anterior: allí flotaba el recuerdo frío, aquí la agonía lenta.

Entraron, por fin, en la cámara de la vida, donde el ambiente cálido parecía estremecerse con palpitaciones de amor y de fecundidad. Por los vasos de este último departamento pasaba, con blanda suavidad, una ondulación que enrojecía el aire. Era el lengüeteo de las luces que se unían, como mariposillas de fuego, en un abrazo cantante y retorcido, y que formaba, en la perspectiva sin fin de la estancia, dos paralelas luminosas, reunidas á lo lejos, por la ilusión óptica, en un reguero de aurífero polvo que se disolvía en la inmensidad cósmica de las nebulosas en formación, flotantes en el infinito oleaje del éter...

III

—¡He aquí la vida en todo su esplendor!—exclamó San Pedro.

—¿Esa es la vida?—preguntó, asustado, D. Canciano.—Estos frágiles vasos son los hombres de mi tiempo, y quizá yo mismo, entre ellos, y conmigo los míos?

—Si, mi pobre Cordero; tú y los tuyos. Mira la oscilación rápida de esa llama, que consume ansiosamente las últimas gotas de aceite: es el estertor agónico de tu primo; el pobre Lucas se está apagando á toda prisa.

—¿De modo, que el no ser?...

—¡Qué no ser ni qué niño muerto. Cuando falta aceite se acabó la vida, y esto es todo. Algunos mueren también de un soplo (¡cosas de los Villaverdes de por acá!) y á esta economía la llamáis vosotros

muerte violenta. La vida... ¡qué tontería! Cuanto más se goza de ella, más combustible se gasta; los placeres atizan la mecha, y el que mucho arde mucho consume; son habas contadas. Este es el compendio de la verdadera ontología.

—Sin embargo, ninguna religión positiva...

—¡Ahí estamos, Canciano? No puedes imaginar la risa que nos causa el ver á todas esas lucecillas discutir sobre el destino que tendrán después de apagadas. Unas esperan volver á encenderse en una mecha inacabable para arder, como ahora, en la mansión de las hu-rries y de los pebeteros; otras créense destinadas á alumbrar eternamente el *Santa Sanctorum* del tabernáculo celestial, ó á servir de candela á los diablos, según hayan ardidó; algunas sueñan en *rearr-naciones* sucesivas y en ascender, con el haber que por clasificación les corresponda, por la escala de las luces hasta llegar al foco vol-táico de la vida; las más chuscas, entre las de esta última clase, son esas candelitas indias que tienen la certeza de pasar del aceite al pe-tróleo, del petróleo á la bujía, de la bujía al gas, de éste á la lámpara de incandescencia, y así sucesivamente hasta fundirse en el seno de Brahma como la luz en el seno del aire. ¡Qué necios! Aquí no hay más Brahma, ni más luz, ni más cera que la que arde.

—¿Y mi vaso, Cephás, y mi vaso?—preguntó, oscilando de pánico, D. Canciano, que llamaba Cephás á San Pedro por distinguirse de las otras luces.

—Helo allí, contestó el apóstol tristemente.—¡Poco avío te queda! Junto á ti arde tu mujer, como es natural.

Cordero se quedó más frío que un rayo de luna. En su vaso apenas quedaba medio dedo de aceite. En cambio, el de su esposa rebo-saba, anunciando una luz duradera.

En aquel instante apagóse una luz próxima, y de la extinguida pa-rosa ascendió un chorrillo de humo negruzco.

—¡El pobre Lucas ha muerto!—dijo gravemente San Pedro.

—Aceite, aceite por Dios!—gritó Cordero con desesperación.

—¡Necio!—contestóle el pescador de hombres.—¿Qué goce hallas en arder? ¿Acaso estriba en él tu filosofía?

—¡Al cuerno la filosofía! ¡Quiero aceite!

—¡Imposible! Los vasos se llenan una sola vez.

—Déjame, siquiera, parte del de mi esposa hasta igualarlos. ¿Qué menos debe hacer un cónyuge fiel que compartir su vida con el otro? Lo justo es que nos apaguemos á un tiempo; así será el vínculo verdaderamente indisoluble. ¿No se practica la transfusión de la sangre para enriquecerla del anémico con glóbulos rojos? Pues venga, á mí, parte de ese aceite clarificado que le sobra á mi esposa.

—¡Imposible!—repitió San Pedro.—Los vasos no pueden vaciarse, porque están empotrados. Ahora bien, si encuentras algún medio para compartir el combustible de tu mujer, yo me lavaré las manos, que bien lo necesito estando á vuestro cuidado.

Cordero, después de meditar durante un minuto, dió un grito de júbilo y, con mucha prisa, introdujo el dedo índice en el vaso de su mujer y lo escurrió en el suyo. Esta operación la repitió muchas veces, palpitándole el corazón de gozo al ver que la mortecina llama de su existencia se reanimaba con aquel *melior* pringoso.

IV

La santa realidad echó abajo toda la filosofía inquisitiva de don Canciano, transformando la causa esencial del ser, según San Pedro, en una operación no tan limpia como convenía á la seriedad y buena crianza del sabio.

Un codazo entre el cuarto y el quinto barróte de la jaula torácica, trasladó á Cordero desde las anchurosas cámaras celestiales á la estrechez de su tálamo matrimonial, donde yacía con el dedo en la boca.

—¡Grandísimo puerco!—exclamó su mujer, echando lumbre por los ojos.—¡El que te divierta chuparte el dedo no es razón para que me urgues las narices!

NICOLÁS DE LEYVA

La canción de la mirla.

I

Como soy una mirla muy decente vengo aquí para un caso de conciencia, pues, pensando en el riesgo que corría una pobre mujer, quizá inocente, hasta que ayer oyó la canción mía, ni he podido dormir tranquilamente, ni estar alegre al despuntar el día. ¿Qué sí hay para este malestar motivo?...

Como yo siempre tuve la creencia de que el bicho más ruin y más pequeño, si ama y canta su amor, es incentivo que echa un poco de lumbre en cualquier sueño; y como sé que la mujer más pura y la más recatada en sus amores, encuentra stenuación á su locura, si fué loca entre pájaros ó flores; yo que ayer, en un punto de extrayfo, y creyéndome oculta entre el ramaje, lancé un apasionado pio... pio... respondiendo al de un pájaro que quiere su pico acariciar con mi plumaje,

y juró ser feliz si sobre él muere... al ver que mi canción era escuchada por dichosa pareja enamorada, que bajo el árbol mismo

en cuyas verdes ramas me escondía, ahondaba con sus ojos el abismo que empieza á socavar una mirada y hace enorme y fatal un «¡alma mía!» Comprendí que mi voz inoportuna aumentaba el afán extraordinario de la intensa pasión que la fortuna llevaba á aquel lugar tan solitario.

Y era verdad... Con tímido alborozo, á la copa del árbol miró el mozo, y...—¿Ves?... dijo á su hermosa compañera.

—Con vibrante gorgeo desde la débil rama que de flores cubrió la primavera, responde al pajarillo que la llama temblando de impaciencia y de desoel—

Y ella miró también... ¡Fatal instantel Pues el mirlo impaciente, como amante que una ocasión para su triunfo acecha,

llenando su camino de armonía, á mi rama llegó como una flecha... Y al mirar la infeliz... ¡Virgen María!... No se cómo decirlo...

¡No me culpen á mí!... ¡Culpen al mirlo!

II

¿Qué sucedió después?—Yo á Dios le ruego que ella, con el candor de una novicia, mirase aquellas cosas como juego de dos aves exentas de malicia, sin pensar, en los cortos intervalos que deja un sueño en ilusiones ricas, que á veces, aun los pájaros son malos porque suelen besarse con el pico.

Si viene, al verla, advertiré en seguida en su alegre mirada ó su tristeza, si ha logrado vencer ó está vencida. ¡Dios quiera, pobre pájara, que entones hoy un himno triunfal á la pureza... yo que cantaste ayer á las pasiones!

LUIS DE ANSORREA

Pelos.

¿Siento yo chiquito cómo me afiga viendo aquel bigote de mi pobre tía!

A cualquier chiquillo infundía espanto. ¡Cuántos caballeros no tenían tanto!

Y, según las reglas de la barbería, si se le afeitaba se fortalecía.

Era una señora buena de verdad; ¡pero qué bigote! ¡qué asquerosidad!

Cuando me besaban, ciertos ciudadanos, los llamaba brutos, osos y marranos.

Que con los cañones, los que se afeitaban, me sacaban sangre cuando me besaban.

Hasta mi nodriza, que era mi consuelo, un lunar usaba con la mar de pelo.

Tuve por niñas dos ó tres chiquillas; con patillas, una, pero ¡qué patillas!

Yo entre tanto pelo era una excepción, porque, me aseguran, que nací pelón.

Cuando todavía era un monigote, me volvía loco por tener bigote,

y por los consejos de diversos puntos, me apliqué a la cara diferentes untos.

Como me decían: —¿No se afeitó usted? intenté afeitarme, no tenía qué,

Una vez tan sólo, no dí más en ello, porque á la primera casi me degüello.

Y me parecía que iba haciendo el paso. ¿De un barbilampiño quién ha de hacer caso?

En mis soledades me decía: —¡Oh! ¡todos tienen barba, todos, menos yo!

No encarezco á ustedes lo que pasaría cuando entré con pelos en la barbería,

y me preguntaron, como es de rigor: —¿Va usted á afeitarse? ¡Vaya un—sí, señor!

He tenido barba y bigote y pera, y me afeitó solo hasta con tijera,

bien porque me faltan tiempo material ó una *perro chica* para hacer un real.

Cuando estoy en fondas doy en la manía de que me rasuren en peluquería.

Entre en el período de las mutaciones, en que salen pelos hasta en las *fañones*.

Pelo en las orejas, pelo en la nariz... ¡qué le falta al hombre para ser feliz!

Es una cosecha de la que se salva sólo la cabeza, que se queda calva.

Vamos, que la vida es una irrisión, y que el hombre concluye lo mismo que al venir á este mundo: pelón.

EDUARDO DE PALACIO

Entre bastidores.

(RE. EMMET.)

Durante el verano último permanecí una larga temporada en provincias entregado al trabajo.

Se me había ocurrido dedicarme de nuevo al teatro, y después de meditarlo mucho decidí cultivar el género trágico, ya que, según los amigos, yo tenía muy buenas disposiciones para el género cómico.

Puse manos á la obra, y de un tirón, sin tomar alientos ni nada del francés, di á luz con toda felicidad un robusto melodrama que no tendría menos de mil cuartillas.

—Por lo menos—me dije—esto hará bulto y pesará en el ánimo de la crítica.

Yo estaba loco de contento.

La obra tenía un primer acto con diez cuadros en que apenas podían moverse las 365 figuras de que constaba.

La exposición era sobria, una especie de sinfonía sin notas ni palabras. Todo ello estaba encomendado al buen juicio de los artistas.

En el segundo empezaba la intriga, desarrollada con gran concisión y claridad.

En el tercero la acción se entretreía con episodios unas veces tristes, otras alegres y viceversa.

En el cuarto no vivía nadie... es decir que moría todo el mundo.

En el quinto presentaba la conflagración de las almas.

En el sexto la ascensión de éstas al empuje.

En el séptimo, titulado «Hágase tu voluntad», como dirigiéndome al público, tenía yo todas mis esperanzas, por lo terrible de la situación y los deseos de ganar algunas pesetas.

El drama trágico titulábase: *El fin de esta vida y el principio, medio y acabamiento de la otra ó el perro muerto no hay tus tú.*

En cuanto regresé á Madrid dí á copiar la obra á persona de confianza para que no me robase el asunto, y una vez realizado ese trabajo, busqué músico que pusiera la salsa correspondiente á la calidad de la vianda.

¡Inútil empeño. Todos me contestaron que guardaban en cartera muchas producciones en un acto, que era lo que hoy privaba, y con lo que se obtenían muy lucrativos rendimientos. Si yo redujese mi drama á un acto y le pusiera dos docenas y media de chistes, entonces hablaríamos.



—Un problema económico sin resolver es lo que á mí me pasa: sé que en la calle de las Tabernillas dan un cocido muy rico por dos reales, pero no sé dónde dan los dos reales para el cocido.

—Que una persona como yo es capaz de arreglar el presupuesto, si le dan de sueldo doce mil reales, es indiscutible; pues eso es lo que yo pienso decirle á Silvela la primera vez que me dejen entrar á verle.



Sueño halagador. Despertar tristísimo.

Por fin un amigo mío, tratante en ganado lanar, me puso en relaciones, no íntimas, con un músico joven que acababa de venir de Cambados y se traía cosas, según la fina expresión del inteligente ganadero. El de Cambados compuso una pieza descriptiva, dos díos, una ramaña, diez jotas, una tras otra, terminando con una fuga. Aquello era el delirio. Pero faltaba lo peor.

¡Faltaba el teatro en que se había de representar el melodrama! Y un día, á eso de las dos y media, me dirigí al teatro de Venus Afrodita, con las mil cuartillas mías y las otras mil de mi allítere.

Llegué rendido y me senté en el primer escalón, esperando al empresario, un señor muy serio, hajito, con patillas largas y acento berriano.

Salúdeme con cuanta amabilidad era compatible con mis pretensiones y él sin contestarme, lo cual atribuí más á ocupaciones apremiantes que á descortesía, me dijo: —¿Es usted autor? ¡eh!

Yo palidecí ante su mirada abrumadora y con gran timidez repliqué: —Sí, señor... si usted no lo toma á mal...

—¿Y que trae usted por aquí? Su voz al pronunciar estas palabras adquirió acentos terribles, que me sobrecogieron.

El estupor no me permitió huir. A poco pude hablar de nuevo y lo dije balbuciente: —Perdóneme usted... pero... pero yo he escrito todo esto... lo he sacado de mi cabeza á fuerza de calentármela.

—¡Venga! —gritó arrebatañudome de las manos los pliegos. Luego añadió: —El comité lo leerá... y veremos...

—Gracias, señor, dáselas usted también al comité por sus bondades al molestarse en leerme... A los pies de su señora y de las señoras de los señores del comité...

Después alargué la mano al empresario, que más por (distracción que por desatención hacia mí, no me la dió y me despedí de él descubriéndome con respetuosas salubridades.

Días pasados volví con miedo al teatro y entré en el escenario. Estaban ensayando una zarzuela en que toman participación dos perros, un burro y un loro... ¡Me quedé maravillado de lo bien que trabajaban aquellos animales!

El público no tiene más remedio que entregarse — pensé — Los bestias le convencerán.

La vida es sueño, por NAVARRETE

CONTRASTE

por CILLA



—S. E. por fin en estos días ha hecho en el personal economías.



—¿Te parece que le digamos á Villaverde, por nuestra parte, si es preciso para la salvación del país, dejen de pagar el cupón? —¡Buena!

El escenario y la sala estaban á oscuras, pero en un rincón distinguí un grupo de cómicos en actitud de meditar, junto á un bastidor; hablaban en voz muy baja una actriz con un autor famoso y por el centro se paseaba el empresario en firma descamputada.

Luego supe que la causa de su rabia era que el herrico se había perdido y lo encontraron dos horas después en el saloocio de sutoras.

En cuanto me vió, el empresario llegóse á mí como una saeta y me dijo: —El comité no puede admitir su obra.

Estas frases me dejaron aterrado. Cuando me repuse de la impresión, pensé en buscar á los señores del comité y pedirles por Díos y por todos los santos que aceptasen el drama.

Un cómico á quien á este propósito me dirigí para conocer á los miembros del comité, no pudo decirme quiénes eran. El apuntador tampoco lo sabía. Una corista, á quien dejé el encargo, me manifestó que no había logrado averiguarlo.

¿Dónde estará el comité? Dos meses hace que lo busco sin encontrarlo.

En la Academia Española me han asegurado que no está. Y como todas mis pesquisas resultan inútiles, pienso descizelo al Gobernador para ver si la Guardia civil procede á su captura.

R. HERNÁNDEZ BERMÚDEZ

En el tranvía.

Hace tres noches ó cuatro tuve que ir á cierta casa y me subí en el tranvía del barrio de Salamanca.

Iba yo en la *pastaflova* de atrás (como dice el ama que tuvo á bien transmitirme su leche esterilizada), y como soy muy curioso, miré á los que dentro estaban del carruaje, por si entre ellos iba alguna chica guapa.

Pero ni con una sola tropecé que por su cara, ni por su cuerpo me hiciera cosquillitas en el alma.

En cambio ví á dos señoras en un extremo sentadas que iban causando la risa de todo el que las miraba.

¡Qué feas eran las pobres, y qué céntris y qué oscuálicas! No les exagero á ustedes, á las dos, de puro fiacas, pude verles las costillas.

verdaderas y aún las falsas á través de las oscuras manteletas que llevaban. Sus narices eran corvas y con la punta afilada. Sus ojos eran brillantes, no como los que hay en casa de un joyero, digo que eran brillantes, porque brillaban como los ojos de un gato en lo oscuro de una estancia.

¡Pues y aquel par de sombreros! ¡Vaya unos sombreros, cáspital! ¡Los dos con trolley! De lujo que por eso electrizaban.

Iba yo haciéndome cruces cuando reparé que estaba junto á mí en la plataforma un tal don Bruno Mostaza que ha tiempo en el Ministerio de Ultramar desempeñaba un cargo, aunque no podía desempeñar una capa, y habíamos dado juntos muchos miles de plumadas.

—Mire usted, amigo, (le dije) mire usted qué par de tachas. De hijo son dos mochuuelos disfrazados de mañamas.

Y el hombre me dijo echándome una terrible mirada.

—Usted es un sinvergüenza con una lengua muy larga.

—¿Por qué?

—Porque esos mochuuelos son mi señora y mi hermana.

—¿Ah, sí? Pues no lo sabía.

Señor mío, hice una plancha y ruego que me dispensen esas dos aves la falta.

Me retracto de mis frases y siento con toda el alma que esos dos seres tan dignos

de respeto, por desgracia hayan hoy sido el objeto de mi impertinente guasa.

Pido a usted, pues, mil perdones y aprovecho circunstancia tan favorable, ¡oh mi amigo! para hacerle a usted en confianza una advertencia sencilla, pero que tiene importancia:

Si quiere usted que esos hijos no sufran pullos y chanzas, en vez de darles asueto, los deja usted en su jaula.

Candió la risa en el coche, sonaron dos bofetadas... y los mochuuelos siguieron tan mochuuelos como estaban.

JUAN PÉREZ ZÚRIGA



Libros recibidos.

Pétalos, pistilos y estambres, calabresas astísticas por D. Aristides Borgiañón y Fresnoeda, con una TORTERA de Valbuena, un CLAUSTRO de doña Emilia Pardo Bazán y una AZOTRA de CLAMIN. En tomo rectangular con artístico colorín, cubierta en papel Rigollot y el retrato del autor en su despacho, cinco pesetas.

Cuando apareció en las librerías *Neufares*, del mismo autor, la crítica hizo de la obra merecidos elogios llamando la atención del público que lee, sobre libro tan exquisito. Hoy se confirman en *Pétalos, pistilos y estambres*, aquellos juicios y sin temor a posteriores rectificaciones, sin miedo alguno, con el convencimiento que dan una razón serena y un criterio desapasionado y libre, podemos afirmar que Borgiañón es hoy por hoy el verdadero *assado*, el indiscutible jefe de los *jóvenes modernistas*. N. Gómez Chinchilla, con su maravillosa *Azofáifa*; M. Hernández Arjona, en su inimitable *Spleen*; M. López Bencina, en su pasionalísimo *Col cream*, llegan a la sensación artística, al temperamento, al exquisito *savoir faire*, de Borgiañón Fresnoeda, en *Pétalos, pistilos y estambres*. Sobre todo, en el artículo *Pereza*, que dedica a sus amigos de Caracas, su fantasía es poderosa, brillante. Su estilo, sin embargo, no es tan fosforescente como el de López Bencina, pero en cambio es mucho más amplio, más rico, mejor ataviado. López Bencina, no; López Bencina en un disparto de su frase, pinta un carácter, pero carece luego de la galanura, del rapaje poético de Borgiañón.

Es de lamentar, que la edición de *Pétalos, pistilos y estambres*, sea tan reducida, que ésta obra verdaderamente magistral no llegue a todos los rincones, se difunda por todos los centros de lectura, pero como dice muy bien el autor en la primera parte, es obra para cerebros exquisitos, manjar del cual pueden gustar muy pocos. De *Pétalos, pistilos y estambres*, sólo ha hecho su autor una cortísima tirada, quinientos ejemplares: doscientos en papel de hilo de Escocia, doscientos en papel de Armenia y ciento en papel Job. Aunque la índole de *MADRID CÓMICO* no permite más que una ligera nota bibliográfica, porque el espacio de que disponemos para esta sección es muy limitado, sin embargo, ante la excepcional importancia de esta verdadera *chef d'œuvre* y sugestionados por el mágico estilo de Borgiañón, no dudamos en reproducir el siguiente *calambre*.

AGONIA

«El cielo azul, como inmenso manto de una Purísima Concepción, engarzaba en su fondo, montado al aire, un sol que mandaba a la tierra, borbacha de luz, sus haces de lumbré, de lumbré caliente, girando en el espacio como una rueda de fuegos artificiales, que estaban el infinito con la brillantez de sus bengalas. Aquel sol, que vibraba en la inmensa turquesa del cielo, parecía como un grandioso solitario puesto en el dedo de Dios. La campaña, húmeda y tibia, acariciada por la termo-dinámica del astro, sacudía el espasmo voluptuoso del desvío de la noche y aparecía lozana y verdosa con una juventud primaveral, arrastrando por el prado la undosa cabellera de la madre-selva. Apoyada en la ventana, mirando con sus ojos negros como los carbonos de un arco voltaico, encendidos por la tifoidea, vagaba su espíritu, sujetado por los fuertes alicates del recuerdo. En sus labios calenturientos, pálidos por la anemia que amorfinaba aquel cuerpo en corriente de linfa, se modulaba un nombre; después, sus dedos, acariciaban las hebras de sus cabellos, enmarañados como mal devanada madeja de hilandería flamenca, destrenzado por un convalecer largo y adacabrante. Una mariposa, con una orgia espléndida de colores en sus alas de nipsa, se posó en su cabeza como un artista imperdible. Ella sonrió con tristeza de alma enamorada, cogió la mariposa y besó sus alas; después, una tosecilla seca como la hojarasca otoñal, coloreó con su esfuerzo aquellas mejillas de delicado *peluche*, venció su fatiga, y una bandada de pájaros, pintoresca orrazana de charleros, piaban en el alféizar de su ventana. Eran gorriones, que iban a saludar a la enfermita al medio día y que con su piar simpático preguntaban por su salud. Ella los besaba en el pico, y luego tendían su vuelo por el sereno firmamento como malastuosos cometas que, al remontar el espacio, se esfuman en la lejanía. La pobre niña levantó los ojos al cielo, y luego sus labios modelaron con el huri! de su pensamiento un nombre querido é insondable. El sol la miraba como queriendo ofrecerle su calor, fundirlo en sus venas y meter su fuego en aquella sangre degenerada, pobre, anémica, aguatosa. Pero la niña

seguía fosiendo, el pelucho de sus mejillas animándose y el carmín de sus ojos encendiéndose más. Por entre los álamos, copudos y arrogantes, derechos y firmes como una parada militar, paseaban dos enamorados, tejiendo una corona de jazmines, que ella guardaba luego en su falda, mientras él, con sus labios ebrios y temblorosos como el azogue, quería beber en ella el néctar supremo del amor; un beso largo é interminable, como una esperanza inhibita, con el ansia que el jadeante viajero busca una fuente en el perdido monte, con el afán de un pastor al buscar una oveja perdida, como Dafnis requiere a Clot. La niña, en la ventana, dió un grito, grande, inmenso, desgarrador, como el acento de una madre, que hizo fruncir el entrecejo al sol; Le había visto con ella! Sus ojos no quisieron ver más, vidriose el cristal de su retina, un hilillo de sangre salpicó el alféizar de la ventana, y sus brazos cayeron abaridos a lo largo del muro, como las de una *marionette* al torminar la comedia de Arlequin. Y allí quedó como un pajarito suspendido de una rama, como una gota de rocío sacudida por el cáliz de una flor... Y el sol palideció, y el gotear continuó de una lluvia fina y delicada como perdido eco de un minuto lejano empapó la tierra como un sudario inmenso.»

Pues como este podríamos reproducir otros artículos hermosísimos; pero, como se dice vulgarmente, para muestra basta un botón, y para juzgar el affligrado estilo de Borgiañón es suficiente *Agoutu*.

De desear es que el afortunado autor de *Pétalos* no se duerma sobre sus laureles.

LUIS GABALDÓN



CHISMES Y CUENTOS

El maestro Blasco ha triunfado una vez más en el teatro.

Su comedia dramática *Pobres hijos!*, dió de lleno en el corazón del público y las aclamaciones al ilustre veterano fueron unánimes y entusiastas.

Según afirma Eusebio Blasco, los derechos de representación de la mayoría de sus obras, los cobra el Papa, pues por herencia de un editor católico, apostólico, romano, romano sobre todo, fueron a parar los dichos derechos a manos del Sumo Pontífice.

Pobres hijos! Ha dicho Blasco en su aplaudida comedia.

—¡Pobres hijos!—exclamara Rampolla, cuando se enteró del éxito.

—¡Pobres hijos!... y vengan *pa' casa*.

Pero Blasco, que aunque no es Papa, es papá, debe recurrir al Nuncio, para que como embajador de la Santa Sede, arregle eso de los derechos de sus obras.

—Para mis pobres hijos—debe decir Eusebio Blasco, alargando la diestra como quien pide una limosna.

—Pues dame tus *Pobres hijos!* y te concederé cien días de indulgencias,—replicará el Nuncio.

—Estos *Pobres hijos!* son 'pobres, pero... anti-romanos. Estos no irán a San Pedro para que los bendiga. Tienen suficiente bendición, con la del público. En asuntos teatrales, no hay más Dios que el dios-éxito, ni más San Pedro que el editor.

¡Conque si aquel me lo da y éste me lo bendice...!

También Sinésio Delgado, antiguo Director de *MADRID CÓMICO*, ha obtenido en Apolo un éxito muy grande con la humorada, *El galope de los siglos*.

Como mientras siga en pie este semanario, todo lo que a Sinésio se refiere, se refiere a *MADRID CÓMICO*, en nuestro nombre y en el de nuestro antiguo Director, damos las gracias a cuantos nos felicitan por triunfo tan envidiable.



CORRESPONDENCIA PARTICULAR

EL ALCALDE DE MÓSTOLES.—*Santander*.—Venga la firma. Se publicará en seguida.

BREVETÉ.—*Madrid*.—Usted sí que está entre Pinto y Valdemoro.

A. E.—*Salas*.—Es demasiado *tétrico* el soneto. No está mal hecho, pero...

M. A.—*Sevilla*.—Digo lo mismo de sus sonetos. ¿Cómo son los *gayes* calores! Usted ha oído hablar de las *gayas* flores y sin pararse en barras masculinas usted el apelativo. Atrevidillo solo, por vida mía.

V. Q. DEL P.—*Valladolid*.—A la *niña de todos los gracias*, debe ser una composición deliciosa, pero no he podido leerla. Las letras de *Clarín* y Sánchez Pérez, son gotas de agua clara, comparadas con la de usted.

PIERROT.—*Madrid*.—El cuento es viejo y la forma descuidadilla.

J. J. G. R.—*Cádiz*.—Los epigramas son poca cosa. ¡Qué *meado!* tampoco es cosa mayor.

UN LECTOR.—Se ha abusado mucho de ese género de composiciones. Haga usted algo nuevo y se le publicará con mucho gusto.

EL LECTOR ETERNO.—Aunque hubiera usted pagado las diez pesetas no se hubiera podido publicar *Pienlinadas*. Las otras son muy bonitas y *saldrán* en *MADRID CÓMICO*, si Dios nos da salud a todos.

A. G.—*Madrid*.—Un soneto muy apropiado para una lápida del cementerio. ¡Cuánto ha llorado!

A. C. P.—*Madrid*.—No puedo admitir artículos.

A. Y.—*Madrid*.—*Canto y dardo* no son consonantes. Veremos si cuando se resuelva lo de la hora internacional, acuerdan los clásicos que lo sean.

A. G. C.—*Madrid*.—Publicaremos algunos, pero sabe Dios cuándo. Tenemos en turno un millar de artículos.

PEDRO GARCIGORRE.—P. M. T.—A. Y. F.—B. F. M.—J. B. V.—R. C.

—D. C. B.—UN ALGOVISTA.—VELAY.—No sirve nada de lo que envían. Siento el ser tan parco, pero no hay tiempo para más.

SEÑORES CONCURSANTES: Quedan por publicar bastantes *inocentadas*. Hemos desechado las que no venían con arreglo a las cláusulas del certamen. Las admitidas se publicarán inmediatamente.

Paciencia, amigos míos, paciencia, que nosotros también la tenemos.

— Certamen de MADRID CÓMICO —

¿CUÁL ES LA MAYOR INOCENTADA?

No tuve ambición jamás
y aspiro al premio segundo:
¿Será la mayor, quizás,
la que nos dan los papás
cuando nos traen á este mundo.

Sixto Celorrio y Guillón.

*

Creer que Silvela es un hábil político; imagi-
nar que Weyler traerá *Las gallinas*, y que del
Conservatorio saldrán *insignes* actores... He
ahí la mayor inocentada.

Adelardo Curros Vázquez.

*

Es la mayor, sin duda, que un periódico
tan ilustrado como MADRID CÓMICO
nos *coloque* una vez cada ocho días
tantísimas... inocen-tonterías...

Ricardo Ruiz.

*

La mayor inocentada
que á mi modo puede haber,
es ponerse la chaqueta
colocada del revés.

José Fernández Galindo.

*

Proveer de globos aerostáticos á los vigilan-
tes del alcantarillado.

R. Fonollosa.

*

A mi mejor parecer
es dejar á la mujer
que se vaya á confesar
á la hora de almorzar
y venga... á la de comer.

Ángel Álvarez.

*

La mayor inocentada es devanarse los sesos,
para que al fin el jurado no crea á la inocenta-
da bastante digna de premio.

José de Rich.

*

Mientras cuida del guisado
la buena doña Librada,
su esposo con la criada
come un desaguizado:
¿hay mayor inocentada?

Fauste Ráfol.

*

Lo más inocente para mí, son los botones que
detrás llevan los chaquets.

F. Hidalgo Albervis.

*

¿Que cuál es la mayor inocentada?
Creer en lo que escribe Taboada.

Dionisio Calvo.

*

La mayor inocentada, es la *más grande* de
todas las inocentadas que cabe en imaginación
humana.

Ernesto Keller.

*

El girar á la vista
á los amigos,
y comer en las Pascuas
pan de higos.

H. de Salazar.

*

Aspirar al premio de MADRID CÓMICO y fir-
mar con pseudónimo.

Juan de los Reyes.

*

Sacarse el premio *gordo*
en Nochebuena,
y cenar de pepinos ensalada.

L. Miguel Sans.

*

Es creer llegar á ser algo sin dinero ó sin re-
comendación.

Esperanza Sánchez de Zamora.

Dedicar versos á una ingrata, ó escribir en
contra del casero ó de la suegra. Afortunada-
mente no tengo ni uno ni otra.

Francisco Pedroso.

*

Según mi humilde opinión,
el mayor *inocentón*
que yo he podido encontrar
es, el que *toca* el violón,
cuando tocan á bailar.

José Valero.

*

La mayor y lo más raro,
decirle a una tonta muda:
— ¡Habla claro!

Manuel Pando.

*

Ser pobre, casarse y no ocuparse en nada.

Manuel Espinosa.

*

Pues... que siendo tan feo
nos guste tanto Taboada.

Felipe García Pérez.

*

Entregarle á un bañero la mujer
para que tome un baño de placer,
y no tomar ninguna precaución
por si llega el bañero á cometer
cualquier indiscreción...

Felipe Grau.

*

Decirle á cualquier bendito
cesante y sin dos pesetas:
— Venga usted á cenar... Le invito...
¡Y servirle rabanetas
para abrirle el apetito!

Cesáreo Vargas.

*

Casarse por sorpresa, porque pasa
que, si alguien da ese paso aventurado,
se lleva la sorpresa el que se casa...
¡pues al cura le tiene sin cuidado!

Enrique Gómez.

*

La mayor que hay, es tomar
en la cama el desayuno
¡cuando es la señora de uno
quien lo acostumbra á llevar!

Federico Ruiz.

*

Sabiendo cómo trataron
los hombres al Salvador,
la mayor inocentada
es... meterse á redentor.

Pedrero y Caballero.

*

A mi escaso entendimiento
es llegar á concejal,
y salirse sin un real
del Ilustre Ayuntamiento,

Manuel F. Ibáñez.

*

Como inocentada, la
mayor de todas infiero
que es, la de quedarle a-
gradecido á un usurero.

César G. Peláez.

*

La mayor inocentada
es, que España desdichada
aguante ya tanto exceso
en el Senado y Congreso
de hablar mucho y no hacer nada.

Francisco Delmas.

*

Aquí donde el egoísmo
más desenfadado rige,
la mayor inocentada
es ser feliz... y morirse.

Manuel Ojeda.

La que le sigue á la que viene detrás de la
mayor.

Elena Franco.

*

¡Qué mayor inocentada
que escribir una quintilla
y si resulta premiada
ver caricaturizada
mi faz por Sancha ó por Cilla!

Benito Vicioso.

*

La mayor inocentada
y que más me hace reír,
es escribir... escribir
y una estúpida bobada
tan solamente decir.

Francisco Salinas Fernández.

*

La que sigue á la mayor
debe de estar enterada.

Julia López.

*

De la inocentada el colmo
es pedir peras al olmo.

Ramón Lostalón.

*

La mayor inocentada
que se me puede ocurrir
es el ponerse á escribir...
para al fin no decir nada.

Eduardo Domínguez.

*

La mayor inocentada, es creer que á la seño-
ra Vidal, (característica de Apolo), la pueden
servir unas mallas de tres pesetas.

Luis Taboada (hijo).

*

Que crean los ciudadanos,
que jefes republicanos
que promueven algaradas,
vayan á las barricadas
aunque sean valencianos.

S. Sanchis Mariano.

*

No hay mayor inocentada
que hacer con vida ordenada
un bonito capital
y *engañar* á la criada
cuando es uno un carcamal.

Fabriciano Haro.

*

La mayor inocentada
es sin duda, en mi sentir,
dar á otro una bofetada,
y volvérsela á pedir
diciendo que era prestada.

Diego de Labra.

*

Creer que D. Modesto es un Director de altura.

Pedro Borrego.

*

La mayor inocentada
(según mi humilde sentir)
es, lectores, preferir,
una rubia á una *tostada*.

Pedro Yances Cuevas.

*

¿La mayor inocentada?
¿La mayor de todas ellas?
Querer contar las estrellas
en una noche... nublada.

Joaquín Villegas.

*

Según mi humilde entender,
la mayor inocentada
es unirse á una mujer
sin tener el hombre nada.
(Se entiende para comer).

Luis Sánchez Olavarría.

Joven y rico, inocente,
casó con doña Librada
que era vieja, desdentada,
gruñona é impertinente.
¿Qué mayor inocentada?

José Rodas.

¿La mayor inocentada?
Fácil es la consecuencia:
la acción ya buena ó malvada
de la persona llamada
Inocencio ó Inocencia.

Pío Alvarez L.

A mi juicio es la mayor,
gozarse de haber triunfado
en las contiendas de amor,
en donde el descalabrado
suele ser el vencedor.

Manuel Mendosa Nieto.

La mayor inocentada
es abrir Puerta Cerrada...
ó buscar un querubín
que se parezca á Clarín,
á Zúñiga ó 'Taboada.

J. A. de Haro Guijarro.

La mayor inocentada, es creer en el socialis-
mo de Eusebio Blasco, en las... energías de Sil-
vela y en la belleza de la Loreto Prado.

Florencio Abad.

La mayor entre todas conocidas
es la de aquel palurdo, que una vez
sin entender el juego de ajedrez,
presenció en una tarde diez partidas.

Antonio Lorente Finilla.

La mayor inocentada
á mi pobre parecer,
es el querer casar
sin antes buscar con quién.

F. Alvarez de Lara.

¿Verdad, señor Director,
que una gran inocentada
es el creer en las cuentas
que presenta la criada?

Orestes Garcia.

Es creer á pie juntillo, todo lo que dice
Wanderer.

Francisco Núñez Lozano.

Si tuviera yo dinero,
mil pesetas le daría
y es seguro ganaría
el premio, por majadero.

Lorenzo N. Celada.

La mayor inocentada
que puede cometer uno
es ir con el corazón
en la mano por el mundo.

Julio Alvarez.

La mayor inocentada es reirse con los chistes
de La Cara de Dios.

Joaquín García.

En este mundo traidor,
entre las inocentadas
es de todas la mayor,
el trabajar con ardor
para descifrar charadas.

N. Castillo y Pedrosa.

¿Qué mayor inocentada
que el pagar bien al casero?
Al mío, por usurero,
desde la Pascua pasada
no le he vuelto á dar dinero.

Mariano Escalera.

Careciendo de recursos,
la mayor inocentada,
es asistir á concursos
y después no lograr nada.

Diego Cardona.

El pensar que exista autor
de una comedia silbada
que agradezca tal favor,
sí que es una inocentada
de las de marca mayor.

Carlos Rodríguez Díaz.

Madrid, 1900. Est. tip. de Ricardo Fé, Olmo. 4

MADRID

Tres meses, 2,50 ptas. — Seis id., 4,50. — Año, 8.

PROVINCIAS

— Semestre, 5 ptas. — Año, 9. —

Anuncios españoles: Pesetas 0,25 líneas.



UNIÓN POSTAL

— Un año, 15 pesetas. —

VENTA

Número corriente, 0,15; atrasado, 0,25.

Anuncios extranjeros: Francos 0,25 líneas.

SE SUSCRIBE EN LA ADMINISTRACIÓN Y EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS DE ESPAÑA Y AMÉRICA

PASTILLAS BONALD (DE COCAINA CLORO-BORO-SÓDICAS) Núñez de Arce, 17.

Lo mejor para el pelo
PETRÓLEO GAL
Perfumería de Echeandía,
2, ARENAL, 2

GARGANTA Y TOSES SE CURAN CON LAS
PASTILLAS PRIETO
No contienen calmantes nocivos.
DE VENTA EN TODAS LAS FARMACIAS
Caja, una peseta.

PERLA ESTOMACAL

de R. FERNÁNDEZ MORENO. Único medicamento sin calmantes que cura radicalmente las acedias, dispepsias, gastralgias, catarros y úlceras del estómago é intestinos, diarreas, vómitos y cuanto revela malas digestiones. Caja, 10 reales; por un real más se remite. Madrid, Sacramento, 2, farmacia, y de venta en las de Arenal, 2, y principales de España. En Barcelona, Dr. Andreu.

LORENZO PÉREZ

SASTRE

(ANTIGUO CORTADOR DE LA CASA MUNSURI)

Montera, 8, entresuelo.

UNIFORMES CIVILES Y MILITARES * LIBREAS * ABRIGOS DE SEÑORA

Tiene esta casa tal precisión en las medidas y perfección en el corte, que prenda que hace puede tenerse la seguridad, que garantiza, de que es completamente nueva, pues jamás saca composuras, que son las que hacen que la ropa parezca usada antes de estrenarla.

BERNABÉ MAYOR

3, ESPARTEROS, 8

MADRID

Almacén de material y aparatos para telefonía, telegrafía, campanillas, pilas, hilos cables, pararrayos, etcétera, etc.

Ferretería, metales, utensilios de cocina.

LUZ ELÉCTRICA

Catálogos ilustrados gratis.

MATÍAS LÓPEZ. — Chocolates, Cafés, Dulces. — Oficinas: Palma Alta, 8. — Depósito: Montera, 25.